
Salvar la vida

Verónica Habichayn

26 octubre de 1976

Hoy tomaremos el autobús que nos saque de este país, de este infierno, de este aire viciado de muerte y miedo. Tal vez sólo lleguemos hasta la frontera, como les pasó a algunos. Pero no importa, quiero salir de esto lo antes posible, pase lo que pase, quiero que esto termine de una buena vez.

Aunque nos maten, aunque nos secuestren, aunque nos torturen, pero que termine de una vez por todas.

Ya tenemos preparadas las valijas. Bueno, es una forma de decir. Para mi mamá, mi papá, mis dos hermanos y yo, sólo tenemos una valija y 3 bolsitos raquíuticos. Se supone que somos turistas que vamos a pasar unos días a Brasil, en Río.

Pero en realidad vamos a esperar el barco que nos va a alejar todavía más. Podríamos tomarlo en Buenos Aires, pero el riesgo es mayor, y no queremos permanecer ni un día más aquí.

(...) Por fin llegó el momento, estamos por subirnos al autobús.

Nos vinieron a despedir mi tío y mi hermana. Son unos de los pocos que saben que nos vamos. No es cuestión de que por alguna desgracia de último momento nos agarren a todos.

Mi hermana se queda, pues considera que aún puede hacer mucho por la revolución, que las masas necesitan de gente que siga luchando. Aunque opina que está bien que nos vayamos, pues nosotros estamos en un riesgo inútil. Que seremos más útiles afuera, en la misión que el partido nos tiene reservada. Será algo muy difícil. Requerirá de nuestro absoluto estoicismo.

Aunque seamos militantes, mi hermano de 16, yo de 12 y mi hermanito de 7. Sí, somos verdaderos militantes, porque sabemos

en qué estamos, qué hacemos, qué está pasando, y quiénes somos. Sabemos en realidad nuestro verdadero destino, me refiero al del viaje. Sabemos perfectamente lo que significa tener un pasaporte falso. Sabemos de memoria los nombres nuevos. Sabemos más que medularmente las direcciones y los autobuses que pasan por esas direcciones. Y sabemos demasiado bien qué pasa si cometemos un error de nombre en el momento equivocado.

Así pues, nos vamos y la Tati o Renée o Laura o mi hermana se queda en Buenos Aires, la Reina del Plata.

Vamos marchando, ya hace un par de horas. Estamos a punto de dejar atrás tantas cosas, tanta gente, tantos recuerdos...

No. Los recuerdos me los llevo. Pero además todavía pasaremos por Rosario, ciudad en donde viven mis tíos, la hermana de mi papá, su marido y mis dos primos favoritos (casi podría decir mis únicos primos, si se pudiera hablar sólo por el corazón). Tengo miedo, pero no a todo lo que digo antes, tengo miedo a llorar por mis primos, tengo miedo a la falta de fuerza para no hacerlo. Le llevo de regalo a mi prima Alicia una cartuchera, un estuche de lápices que me había comprado para ir a la escuela, antes de saber que la abandonaría a medio año por razones de seguridad. A ella le había gustado mucho. A mí también, pero no me la puedo llevar, crearía sospechas en la frontera. ¿Qué hace una niña que se va de vacaciones a Brasil, con una cartuchera llena de lápices?

Ya estamos llegando a Rosario. Llegamos. Para el autobús. Se abre la puerta y sube un policía fuertemente armado, o a lo mejor es sólo un revólver y una ametralladora. Pregunta con voz de torturador "el señor Alberto (ése es el nuevo nombre de mi papá) Antonelli" (ése no es el nuevo apellido que llevamos). Se nos paralizó el corazón. Sobre todo a mi papá, claro está. Bajamos por fin y buscamos entre la gente.

"Parada de media hora" gritó el chofer.

Después de casi morimos de miedo, bajamos y empezamos a buscar entre la gente. Allí estaban, parados tan juntos uno del otro, en grupo tan compacto que eran como una sola cosa.

Qué alegría nos dio, ver algo familiar, bueno y cómplice. Fuimos a una mesa a tomar un café, o una gaseosa y lo último de sus olores, calores, miradas. La conversación era esquelética. Se notaba una gran ansiedad en todos nosotros.

La media hora pasó volando como un pajarito.

Llegó el momento de la despedida. Sin derramar ni una sola lágrima. Somos turistas, no exilados políticos.

Tres escalones y estamos otra vez adentro del autobús, con un nudo como de corbata en la garganta. Mudos escuchamos los comentarios acerca del pasajero que falta. El "Alberto" ese, ¿era un traficante de drogas? Alberto como mi papá, Alberto pero Alberto no es mi papá, mi papá es Roberto, no, no, mi papá es Alberto... ¿quién es mi papá?...

... Ya es de día. El paisaje es maravilloso. Es la selva de Tazán. Verde, verde, con sonidos de aves y el rugir del motor. La gente se queja de que no está la "azafata" que es la que reparte las galletitas y esas cosas. Un señor que conversa mucho con el conductor se decide a repartir "esas cosas". Son unas cajitas con forma de autobús y adentro traen unas galletitas, unos caramelos y un queso asqueroso. Para tomar hay café y jugo de naranja. Mi papá prueba el café y dice que es jugo de paraguas. Mi mamá le dice que no. Que es rico, que es brasilero. Creo que piensa que no se debería quejar tanto. Yo opino lo mismo. No sé bien cuál es el mecanismo de mi pensamiento. Es algo así como que hay que ser amables con todo y todos para que en la frontera sean igual con nosotros.

... Como somos cinco, uno de nosotros se sentó con un extraño (¿será de la policía?). Es una mujer, teñida y pintarrajeada como una loca. Está con mi hermano mayor, y le dice algo acerca de la "janella". ¿Queeee? Mi hermano tiene cara de eso. Creo que hasta está asustado. Lo que en realidad le dice, y yo no sé por qué entiendo, es que si le deja ir un rato a ella del lado de la ventanilla. Alguien le traduce y él accede. Voy al rescate y le cambio de lugar. En realidad me doy cuenta de que entiendo todo lo que la pasajera dice porque habla casi todo en español. Qué gracia.

Llegamos a la frontera.

Ahí está.

Es un lugar horrible.

Ese lugar tiene ojos escudriñantes. Nos observan. Nos piden los pasaportes. "Ahá, muy bien, ¿a dónde van? A Río de Janeiro, señor. Tomen. Que la pasen muy bien en nuestro país."

Nuestros corazones vuelven a latir.

... Mi mamá quiere llamar a mi hermanito, que ahora se llama Víctor (le pusieron así, porque en casa lo llamamos Bicuti, entonces

el apodo concuerda con el nuevo nombre, o más o menos) pero lo llama "Ernesto!" Todo el mundo se queda paralizado, incluyendo al propio Ernesto, que no sabe si responder al llamado, salir corriendo, decir algo sensato, del estilo de "Pobre mamá, se volvió loca otra vez", o qué hacer. Pasa una fracción de segundo, muy poquito tiempo, y se corrige, dice "¡Victor!" entonces él contesta "¿Si mamá?"

Aparentemente nadie se percató de falta tan comprometedora, tan acusadora... Nadie presta atención a un nombre.

Yo pienso: ¿por qué tuvo que llamarlo tan formalmente? Nunca antes había oído a mi mamá llamar a mi hermano Ernesto.

Siempre fue Bicuti. A lo sumo Ernestuti. Creo que quiso ponerse formal y burguesa llamando a sus hijos por su nombre entero. Y además, por desgracia, verdadero.

...Pobre mamá, se le salen los ojos de las órbitas.

Afortunadamente, para el resto de la familia, y para mi misma, yo me llamo igual: Verónica. Nadie cometerá un lapsus llamándome. Mi mamá es Susana en vez de Alba, mi hermano, el mayor, Pedro en vez de Pablo. Y el apellido cambió ligeramente. Y todo por culpa mía, según acusa mi hermano, el mayor. Y es verdad. Lo que pasó fue que los pasaportes que tenemos son los nuestros en realidad, sólo que borrados y vueltos a escribir...

...Tenemos un apellido casi idéntico. Yo creo que nos conviene, porque así quedó como un apellido árabe, como el verdadero, y mi papá tiene cara de turco (por eso le dicen "el Turco").

El apellido de mi mamá tampoco fue muy modificado, por su Documento Nacional de Identidad (D. N. I.) que en la parte del apellido no lo pudieron borrar bien, no sé por qué historia. Pero también le queda bien, porque ella tiene cara de italiana, porque lo es, y su apellido le quedó acorde.

De nervios me pongo a conversar con "la pasajera", no se de qué, de cualquier cosa, y le digo que voy al baño, y me dice que ella también, que va a arreglarse un poco, y cínicamente pienso en la cirugía estética. Hago pis y me fijo en mi cara en el espejo. Nada me delata nada. La pasajera se pinta los labios con una crema especial para eso, no es un lápiz labial común y corriente, es como una cajita y se unta en los labios con un dedo. Le digo "qué lindo color!" "¿Te gusta?, es nuevo esto". A lo que respondo "Sí, mi ..." iba a decir hermana, pero recordé que ya no tenía hermana, que en esta familia a la que pertenecía ahora no tenía yo una hermana.

"...tengo una amiga que tiene uno de esos". Y pensé "aquí empiezan los problemas". No era solamente en un determinado momento, en una frontera, es en la cotidianeidad que hay que cuidarse.

Subimos al autobús, con la fuerza de un ratón. La experiencia nos ha dejado exhaustos. Y aunque el paisaje es precioso y relajante, y sabemos que en pocas horas llegaremos a Río, no tenemos ni voluntad ni ganas de quedarnos despiertos.

Me despierto en medio de una ciudad enorme y negra. Es Río de Janeiro.

Ya llegamos a un hotel que se llama Regina y que está a una cuadra de la playa en donde no hay casi nadie. No nos importa. Nos ponemos cada uno su traje de baño, el mío es uno que me heredó mi hermana. Es hermoso. Es bikini y además rosa. Vamos al agua a ahogar un poco nuestras ansiedades y está helada. Las olas son gigantescas y con una fuerza endemoniada. Cada ola que viene contra mí, la enfrento con los brazos abiertos como el Corcovado que me observa desde ese Pan de Azúcar. La enfrento y al punto de taparme con esa agua salada y espumante, grito cosas que no podría gritar en otro lado, ni en sueños: "¡Soy Verónica! ¡Extraño a mi hermana! ¡Tengo miedo! ¡Socorro!" El mar se lo traga todo.

En la tarde salimos a pasear. Vamos caminando por ahí pacíficamente, cuando un hombre, un extraño, le pregunta de repente y sin previo aviso, como si fuera un examen, a mi hermanito: "¿cómo te llamas?" No duda ni un instante, no se tarda ni una fracción de segundo y responde: "Víctor". El extraño anota algo en una hoja, y al cabo de unos segunditos le enseña a mi mamá un dibujo que es un perrito, y el cuerpo de éste es el nombre de mi hermano: Vito. Se lo vende sin dificultad a mi mamá. Lo compra porque no puede creer la suerte que ha tenido de no haber sido descubierta. En otra ocasión mi mamá lo hubiera mandado a la mierda con el dibujo.

Llegamos al hotel pensando en el extraño. Pensando en que si era de la policía. Si lo era pues qué bueno, pues la actitud de mi hermano lo ha de haber dejado sin dudas. Y si no lo era, para qué decir lo tranquilizante que esto resulta...

En la tarde vamos a ver lo de los pasajes para el barco. Y a sabemos que nos vamos el 8 de noviembre, que es un barco italiano, y que ni bien lo pisemos, estaremos en territorio italiano, y ahí nadie podrá hacernos nada.

Según mi papá, vamos a viajar como reyes, es un crucero como el de las películas.

Hoy mi mamá nos regaló un cuaderno a cada uno para que escribiéramos lo que se nos ocurriera. ¡A mí se me ocurre cada cosa!

8 de noviembre de 1976.

¡¡¡Ahí, ahí está!!! ¡Es enorme! ¡Qué barcononón! Yo creo que es más grande que un barco de las películas.

Vamos subiendo la pasarela, y arriba nos espera el capitán con su uniforme blanco que a mí me inspira cierto respeto. Ya sé que nada tiene que ver con la policía argentina, pero qué le voy a hacer, me ha quedado ese temor.

Además, por más italiano que sea, si descubre lo de nuestros pasaportes, estamos perdidos.

Entregamos boletos y pasaportes al señor y pienso que voy camino al infinito opuesto de la primera, segunda, tercera y también de la cuarta vez que la policía allanó mi casa.

La cuarta fue la peor. Era un domingo y estábamos todos menos mi hermana, la grande. Esta vez vino la policía de Buenos Aires, con el jefe de policía. Fue tremendamente asustante. Estaban de civil, de anteojos negros, con revólveres, y miraban todo con un aire sobrador impresionante. Mi perrito les ladraba, como si supiera que eran unos ladrones. Cagó a su paso y pisotearon su mierdita, ensuciando la casa entera.

En la cocina estaba la señora que trabajaba en casa en ese momento. Era la señora Josefa. La pobre estaba ahí para que mi mamá la consolara. Ella y su novio querían casarse y las autoridades, o sea la gente del registro civil, le ponen mil trabas, se queja de la burocracia y de la mierda que es este país. Su argumento más irrevocable es que ya tienen 50 y 70 años, que por qué no los dejan vivir felices. A lo que yo me respondo, o mejor dicho pienso: hagan de cuenta que ya se casaron y listo. Pero ella quiere dignidad y él algo formal. Así que con esa rabia estaba la señora Josefa, llorando por el atropello, cuando estos desgraciados irrumpen en la cocina. El cuadro les parece sospechosísimo, y preguntan con violencia: "¿Qué le pasa?" La señora Josefa se convierte en el súper ratón, se para como impulsada por un cohete en el culo y se le acerca a la cara (al que preguntó)

y gritoneándole le dice que todo es culpa de él, que son unos hijos de puta.. (mi mamá la agarra de los hombros y la sienta. Le dice que se calme que le va a hacer un té). Por supuesto, mi vieja tiene que darme explicaciones. Yo escucho todo y pienso que no le van a creer. Que se la van a llevar presa. O que por lo menos le van a plantar unas buenas cachetadas. Que a lo mejor creen que llora por algún familiar desaparecido...

... Mi hermana no estaba, porque días antes se había ido a Rosario, con mis tíos. No a pasear, a esconderse. Una pareja llegó una tarde a mi casa, tocó a la puerta y mi mamá abrió.

"¿Está su hija? Somos unos amigos de la facultad, queremos hablar con ella". "No está, pasen..." y en ese instante se dio cuenta de que venían a buscarla y no precisamente para ir a bailar. Eran de los servicios secretos, que ahora ya no son tan secretos. Mi mamá sudaba y rogaba (no sé a quién pues es atea desde que nació) porque mi hermana no llegara.

Les sacó conversación y se daba cuenta más y más que eran de la policía. Al cabo de una increíblemente larga media hora, se fueron, para cualquier lado, no a la parada de autobús, no había ni un auto, nada. A los diez minutos llegó mi hermana, hizo su bolso y se largó.

En esos pensamientos estoy, cuando -gran alboroto gran- mi mamá y mi papá se encuentran en este barco con dos compañeros que hacía tiempo no veían. Son el Viet y la Lichu (son sus apodos). Otra vez nombres erróneos (o acertados, depende) por parte de estos amigos. Mi papá, en medio de algún abrazo les dice que ahora tenemos otros nombres, que luego les dice cuáles son. Se sienten culpables de haber dicho semejante boludez: nuestros propios nombres.

...Zarpó el barco y no nos podíamos quedar parados. Y además sentimos una gran emoción.

El barco se llama Guglielmo Marconi. Es un barco de sueños, pero es su último viaje. Dicen que porque ya es viejo. No se por qué, porque el barco se ve flamante. Es hermoso. Hasta tiene ascensor, y lo mejor ¡¡tiene pileta de natación, y con agua salada!! Tiene tantas cosas, que no me acuerdo de todas. A ver si me explico: es como estar en un hotel de vacaciones, sin tener que pagar nada (claro que ya pagamos todo de antemano). Además yo nunca había estado en un hotel de vacaciones. Siempre íbamos en carpa, y es muy lindo, pero esto es otra cosa.

Tenemos unos camarotes (así se llaman las piezas) de increíble lujo: cuatro camas en cada uno (los camarotes son dos), es decir dos cuchetas (aquí se llaman literas) en cada uno. Un ojo de buey (así se llaman las ventanas) en cada cucheta que, como en todos los barcos, son redondos. Pero no se pueden abrir como en las películas. Por lo menos así no hay riesgo de que se meta ningún pez volador, ni ninguna ola indiscreta. Pero el sol sí. Y se puede ver el mar que es precioso. Mi papá y mi mamá eligieron el camarote 333 y el nuestro es el 335. También tenemos una piletita para lavarse las manos y esas cosas. También lavamos las medias y calzones aquí. No tenemos inodoro, pues el baño es común para todos los pasajeros, pero hay como cinco mil. No hay problemas de aglomeración desesperada. Y son tan limpios que mamá nos dijo que nos podíamos sentar.

Rápidamente nos ponemos las mallas y nos vamos a la piletita.

Con toallas y todo nos dirigimos hacia allá. Llegamos y miramos un poco con recelo. Algunos de los que están allí parecen viejos habitantes del lugar, todo lo hacen con tanta naturalidad. Y yo que hasta hace poco me quedaba parada mirando los semáforos... Cuando iba a Rosario, a la casa de mi prima Alicia, me asomaba al balcón porque justo en la esquina de su casa está el semáforo. Lo miro desde allí, porque cuando me paro en la calle a mirar, a mi prima le da vergüenza. En fin, ya estoy aquí, en donde seguramente a ella también le gustaría pararse a mirar.

Observo todo con cuidado y me quedo mirando un letrero que dice: "*Vietato il tuffo*". Nos miramos con mi hermano y creo que los dos pensamos lo mismo: "no importa. Nos bañamos antes de subir al barco". Luego con tacto y disimulo preguntamos que quería decir el citado cartel.

Afortunadamente nos informan que no van a registrar nuestros sobacos cada vez, que *Vietato* significa prohibido (curiosamente esa palabra la conocíamos) e *il tuffo* es "tirarse", "echarse".

A las 12:00 del mediodía sonó una campanita, y una voz anunció: "*Il pranzo di classe turistica e servito*". No se cómo entendimos, y salimos corriendo a cambiamos para ir a comer. Al llegar a los camarotes, pensamos si en realidad íbamos a comer debido a nuestro mal de mar. Y al ver a mi papá vomitando pensamos en lo afortunados que somos por no haber perdido el apetito.

...Luego de haber tragado el postre, salimos con cierto cuidado de no vomitar por los pasillos. Mi papá no se contiene y apenas al

abrir la puerta de su pieza "larga el pato". Mis hermanos y yo nos vamos a toda velocidad antes de que nos manden a buscar algo para limpiar. Un pobre marinero tiene la horrible tarea.

Caminamos por aquí y por allá. Hay una chica de mi edad. Nos ponemos a charlar. Sabe que soy Verónica porque mi hermanito me dijo algo. Entonces yo le pregunto "¿y vos como te llamás?" "Miriam Tahuil. ¿Vos sos Verónica qué?" Y a ésta, ¿quién mierda le preguntó el apellido? No quiero pronunciarlo. No quiero mentirme más. Y me salva un nadador que nos salpica.

Hoy cuando me levanté, no estaba mareada, sólo tenía los oídos tapados como cuando íbamos a la Sierra, y subíamos con el auto hasta el Pan de Azúcar (a veces hasta vomitábamos por las curvas de la montaña). Es una sensación molesta, pero sobrellevable. Pienso que cuando vaya hasta el fondo de la pileta, se me van a destapar. Pero mamá me puso perfume en la cara, esa colonia que compramos antes salir, esa que usamos desde siempre "Ambré de Wateau". Y al pasarme cerca de las orejas, al rozarlas con la mágica poción, se me destaparon, con lo que ningún malestar, físico al menos, me aqueja.

De todos modos nos pasamos el día en la pileta, yo con Miriam; Pedro, o Pablo, o mi hermano mayor hace lo mismo con unos amigos que se hizo, como yo. Y el Bicu, o Víctor, o Ernesto o mi hermanito, hace lo propio, pero su amiga es una francesa grande, más grande que mi hermana la grande. La francesa está fascinada con él, de sus rulitos rubios, de sus ojos amarillos, de su encanto personal. Su novio ¿no se pondrá celoso? No creo, porque él es tan chiquito... además sólo está un ratito con ella, le compra una grrranadina (así lo pronuncia ella, como si estuviera a punto de escupir) y después él se va...

...Aquí en el barco, las cosas son muy divertidas. Y donde estamos nosotros, en la clase turística (casi todos son gente que se escapa) aún más que en primera, en donde sólo hay 7 personas, alemanas todas, y que se vienen a los bailes de la turística en donde la diversión es realmente eso.

Se nos avisó que hoy a las cuatro de la tarde iba a haber simulacro de emergencia. Yo me pregunto qué clase de simulacro es ése, si todo el barco lo sabe, no van a saber lo que realmente es una emergencia. De hecho había gente que desde las tres y media andaba con su chaleco salvavidas puesto. Mis viejos dicen que para que cuando

suene la alarma no haya histéricos que hagan cualquier cagada, o algún muerto de un infarto. El simulacro comenzó, con la alarma, nos hicieron formar, en grupos de diez por diez, y a mi me tocó al lado de unos viejitos, una pareja. Ella le decía a su marido: "agárrate bien los anteojos, que ahora nos van a hacer mirar para abajo donde están los botes". Pero nada de eso ocurrió. Sólo nos formamos, nos dijeron qué se haría en caso de emergencia (bajan los botes previamente cargados en orden y por ellos) que no hay que asustarse, etc...

Hoy en la noche hubo fiesta (parece ser que todas las noches hay) en donde bailamos, participamos en concursos, jugamos, miramos, de todo, bah. La animadora se llama Manuela, y dicen las malas lenguas, que es la amante del capitán, y las peores lenguas dicen que todo el barco se la coge. Yo no sé cómo sabrán esas cosas. En todo caso, ella sabe cómo hacer participar a la gente, cómo divertir.

Los amigos que nos encontramos al subir al barco están en una situación terrible. Eso de no saber a dónde van a ir, de qué van a trabajar, ni dónde van a vivir es muy angustiante.

Sólo saben que se bajan del barco en Barcelona. Por eso guardan todo lo que les dan de comer y que no se pudra.

Tienen ya más de un kilo de queso. Azúcar y otras cosas. A él le dicen el Viet, por Viet Cong, porque tiene cara de vietnamita (podría ser japonés, pero es más poético que sea Viet Cong). En realidad sólo tiene los ojos achinados y como es de piel, digamos oscura, parece un lapón, un esquimal.

Ella es la Lichu, porque se llama Alicia. Mi prima..

A medida que nos acercamos al Ecuador, el calor se hace más intenso, porque, según me explican, en el hemisferio sur ahora es verano, y del Ecuador para arriba es invierno. Yo me pregunto: ¿qué ropa nos vamos a poner, si somos turistas que nos vamos a Brasil de vacaciones, no a Europa, donde comentan que el frío es de la puta madre? En efecto, no tenemos abrigos. Sólo un pullover cada uno. Zapatos buenos, no.

Veremos

Esta noche hubo fiesta otra vez. Concursos otra vez.

Juegan a la lotería, y a mi papá le hace mucha gracia, que cuando uno dice "¡lotería!" tiene que decir "¡Bingo!", a lo que Manuela agrega: "¡Nessun altro a fatto bingo?!" Se canta de risa. Pero lo que en realidad le hizo gracia fue cuando Manuela me preguntó, delante de todos, cuántos años tenía yo.

Naturalmente respondí que 12.

La cosa es que toda la noche se venían haciendo concursos. Y toda la noche queríamos participar (Miriam, Pedro -mi hermano Pablo-, su amigo y yo) y no nos animábamos. Hasta que nos decidimos, y nos pusimos de acuerdo: al siguiente llamado de parejas para concursar, nos presentaríamos los cuatro. Ni bien terminó la música, y vimos que la Manuela agarró el micrófono, nos paramos cerca de ella. Cuando dijo: "A ver, una parej.." Ahí estábamos nosotros, clavados como estacas. Pero lo que Manuela quería, eran ancianos. Ahí fue cuando me preguntó: "ay nena, cuantos años tenés?", "doce". "Bueno... quiero gente más grande..." Ahí me di cuenta que lo que decían las malas lenguas era cierto, que hablaba un pésimo español, que no era nada graciosa y que además tenía pelos en los sobacos (largos como los de mi papá). Nos salimos del escenario, con mucha vergüenza. Para peor, fue mi culpa. A mí me preguntó. Tal vez si se presentaba mi hermano con Miriam, no le hacían problemas. De ahí, que mi papá no deja de molestarme, dice que dije "doze", con una voz de oveja muerta.

"Doze".

En realidad lo que sucede es que a él le dio más vergüenza que a mí. Es pura envidia, seguro que quiere participar y tiene miedo de vomitar el escenario. O peor aún, tiene miedo de ser demasiado anciano. Qué se yo.

Nos esfumamos y siento un poco de reproche de la parte de mi hermano. Y bueno. Qué voy a hacerle. Además, es la verdad, tengo doce.

Hoy me levante temprano. Hay un viento delicioso. Ando vagando por la "promenade" del barco. Mi vieja me explicó que eso en francés quiere decir paseo. Y es un verdadero paseo estar por aquí, el viento se huele salado, si cierro los ojos me doy cuenta que estoy en el medio del mar. En el piso inferior al de la *promenade*, me parece ver algo tirado, algo como un pez. Bajo corriendo, por las escaleras (no uso el ascensor para que nadie me gane) y llego hasta el objeto. En efecto son peces voladores, que saltaron y quedaron atrapados en la nada. El pez se preguntará "¿Qué hará aquí semejante estupidez, en medio de mi casa?" Pero sospecho que antes de pensar todo esto, sentiría morir. Me fijo en el mar y se ven nubes saliendo del agua y volviéndose a meter. No sé como se lo voy a contar a mis

viejos, no sé si les voy a decir que vi una bandada o un cardumen de peces voladores.

Les cuento y Pedro me dice que él ya los había visto, y mis viejos no muestran mayor interés. Bicuti sale rajando para que se los muestre. El los observa con gran atención, y al que está muerto (pasó todo este tiempo y nadie se lo ha robado) lo mira casi como un investigador, un científico: le levanta las alitas, le mira la cola, le abre la boca... y lo lanza al mar. Bueno, intenta. Pero llega sólo al piso inferior...

...Pasan los días. Mañana pasaremos por el Ecuador. Dicen que el calor va a ser insoportable, pero que probablemente esté nublado. Y yo pienso que de ahí en adelante va a estar nublado. Porque de ahí en adelante es invierno....

Me desperté pensando (creo que lo soñé) que al pasar por el Ecuador, íbamos a atravesar una línea perfectamente visible.

Me levanté enseguida y fui a ver el día. Nublado. Y hace calor. ¿Será brujo el capitán?

Me meto a la piletta, nado un rato, llego hasta el fondo y vuelvo a la superficie varias veces. Idiotalmente busco en el horizonte una línea que divida la Tierra. No hay, pero dicen que la fiesta de esta noche va a estar bárbara. Pero antes, cuando pasemos exactamente por el Ecuador, habrá festejo...

... Para la cena, de esta noche, se pidió estricta vestimenta: corbata los hombres y vestido las mujeres.

Yo me voy a poner el vestido que me compré junto con las sandalias. Es tan lindo. Tiene elástico en el pecho, y es de florcitas. Mi papá se ve muy elegante. Mi mamá también, pero me parece que tiene más canas que nunca.

Llegamos al comedor, a la cena, y todos lucen increíbles.

Siguen eufóricos. Nuestros vecinos de la mesa de al lado, que son unos holandeses, están atrevidamente vestidos según las reglas. El, tiene corbata, pero sobre una remera. Eso sí: Lacoste. Sus pelos desordenados, muy rubios, no contrastan nada con su estilo. Sus mujeres (son dos) tienen unos vestidos de gasa súper transparentes, y además, están descalzas. Ellos me encantan. A pesar de lo que diga todo el barco. Que son unos "jipis". Que viven en pedo. Que son unos inmorales (casi escribo inmortales). ¿Inmorales? ¿Qué es la inmoralidad, sino obligar a alguien a dejar lo que más quiere,

sus amigos, sus amores, y en lo posible sus recuerdos? ¿No es inmoral que tenga uno que venir de corbata a cenar porque pasamos por una raya que ni siquiera se ve? ¿No es inmoral que el Viet tenga que juntar comida "no perecedera" para que sus hijos no mueran de hambre en Barcelona? Entonces veo a los holandeses y me encantan. Mis viejos dicen que tienen razón de venir así. Que se vayan todos a la mierda.

Todos los días después de la fiesta, como a eso de las doce de la noche, se reparten "panini inbotitti" (a mis viejos les causan mucha gracia todos los nombres en italiano) que no son otra cosa que sandwiches de carne. Para la clase turística, claro está. Todos nos abalanzamos como si ya no fuéramos a comer más nunca. Como en la cena que nos invitó el Negro Mauro.

El Negro Mauro (a quien nosotros llamamos el abuelo Bochinche, luego contaré por qué) es otro cuadro del partido. Vive en casa. Digo vivía. Y es muy cariñoso.

También estaba con nosotros su hija, Anahí, que tiene quince años, y su cuñado Aníbal. Cuando ya nos estábamos por ir, faltaría como una semana, él nos invitó a cenar. A un lugar muy fino, y nos dijo que pidiéramos todo lo que quisiéramos. Nunca había comido con tanta ansiedad, con tan poco apetito y tanta cantidad.

Pedimos de todo: supremas de pollo, ensaladas diversas, asado, milanesas, pescado, frutos de mar, entraditas, vino, gaseosa, soda, agua, sopa, pan con manteca, grisines, huevos rellenos, ñoquis, canelones...

Todos actuamos igual. Mi papá se quejaba de estar lleno hasta la garganta, mi mamá decía que era una bestialidad lo que habíamos comido, y las opiniones eran todas por el estilo. Todas salvo la de mi hermano mayor. Decidió que era tiempo del postre, y se pidió una copa helada, que era algo casi inhumano: varias bochas de helado de diferentes sabores (vainilla, chocolate, frutilla, etc.) con obleas, y un baño de chocolate con nueces. Pero eso no era lo inhumano. Lo inhumano era que mi hermano se lo comiera. Y se lo comió. El Negro pidió la cuenta, pagó y salimos casi sin movernos, lo menos que se pudiera. Pero al momento en que mi hermano, el inhumano, estaba cruzando la calle, un auto apareció desde la esquina. Pali estaba en medio de la calle, y las luces del auto lo sorprendieron y entonces aceleró el paso. Y así, a contra luz, vi como salía de su boca un chorro

de vomitada que fácilmente alcanzaba los dos metros. Era increíble. Llegó a la vereda, y en vez de seguir vomitando para aliviar su recargado estómago, se reía como un loco. Nosotros también.

Todos comentamos y le preguntamos si ahora no tenía ganas de algo más: un asado con papas o algo así. Lo único diferente aquí en el barco es que no tenemos posibilidad de pedir tanta cantidad. Pero mi papá sigue vomitando rigurosamente después de cada comida.

- es hora de acostarnos, la fiesta pasó, hubo bailes, concursos y demás. En vez de *paninni inbotitti* hubo pizzettas. Será por la ocasión.

- sigo pensando en el Negro Mauro y mi hermana.

Me levanté y fui al camarote de los viejos, y están tomando mates con el Viet, la Lichu y los dos hijitos: el Lucas y la Jimena. Son tan lindos. El Lucas es un chiquito que se enoja de cualquier cosa y su mamá le dice: Mirá Lucas, no seás pelotudo. Y a nosotros nos da mucha gracia. En casa no se dicen malas palabras ni jugando. Mucho menos mi mamá me va a decir así para decirme que estoy en penitencia, o algo similar. Nunca...

... Al mozo por ejemplo, el que nos tocó y es siempre el mismo, mi papá y todos nosotros lo llamamos "bolocroni" en vez de boludo.

Pero veo que cada vez nos vamos aflojando más respecto a ese tema. Ayer mi papá dijo "culo".

Los días han pasado y pronto llegaremos a Lisboa. Ya se siente frío.

Mañana en la mañana pasaremos por el estrecho de Gibraltar. Dicen que es un espectáculo único.

- no quiero llegar a Europa. Tengo miedo de lo que vendrá.

Mi mamá dice, y yo opino lo mismo, que en seis meses estamos de vuelta en Argentina. Pero hay algo dentro de mí que me dice que esto va a ser casi definitivo. Ese algo deben ser las despedidas silenciosas, la cantidad de gente que sé que murió, la cantidad de lágrimas secas que derramo muchas veces estando sola.

El barco se acerca al estrecho de Gibraltar. Nos dicen que miremos bien, que por los dos lados se ve tierra. A mí eso no me parece interesante. Es muy temprano, hace frío y los delfines que nos escoltan son para mí el mejor espectáculo.

Es como si nos fueran guiando hacia donde ir, para que no nos desviemos para otro lado, para que inexorablemente lleguemos a

Europa. Me dan muchas ganas de saltar e ir nadando con ellos. Pero pienso en aquella profundidad y me dan casi náuseas. Y el frío.

Bajamos por fin en Lisboa. Mi mamá quiere que miremos todo.

No entiendo qué quiere que veamos. Yo trato de escuchar a la gente hablar, porque pronto necesitaremos del portugués para comunicarnos con la gente de Angola. Pero no oigo a nadie, porque estamos en lugares de estatuas y cosas así en donde lo único que no se escucha es portugués.

Además estamos con el Viet y la Lichu, que no paran de hablar, de decir, de opinar... ¿por qué hablarán tanto hoy? Mañana llegamos a Barcelona.

Volvemos a subir al barco un poco ansiosos, porque pronto llegaremos a destino. Empezamos a hablar de cosas relacionadas con esa llegada:

1) Tomaremos el tren a Roma.

2) Del puerto a la estación tomaremos un taxi.

3) Regatearemos el precio del taxista, porque de seguro nos van a querer robar.

4) ¿Y en Roma? Buscamos el contacto del partido.

Y luego vienen los comentarios de lo cotidiano, de lo práctico. ¿Cómo se comprará el pan, la leche, la manteca...?

Ya estoy de vuelta en el barco, después de una atolondrada visita por Barcelona. Al bajar nos despedimos de los Viets, ellos no vinieron al paseo. Es comprensible. La verborragia del día anterior se les había pasado, la habían cambiado por un silencio desesperante. Sólo nos dieron una dirección de dónde iban a estar hasta que se instalaran en casa propia, encontraran trabajo... Están muertos de miedo.

Afortunadamente llevan los kilos de queso, azúcar, sal, galletas, y todo aquello.

Cuando los vi bajar con sus "bultos", que eran como 8000, y llevaban hasta un carting de juguete del Lucas, comprendí lo desamparados que ellos estaban. Nosotros no necesitamos de todo eso. Además, nos damos cuenta que si queremos disimular bien que somos turistas, no podemos llevarnos una tamaña estupidez. Pero eso sí: mi papá se trae tres discos de Ignacio Corsini (su tanguero preferido), uno de Landrisina de chistes, uno de Roberto Carlos donde sale "La distancia" (cuantas veces yo pensé volver.... y decir que de mi amor nada cambió...) y uno de los Bee Gees. Y 6 kilos de yerba.

En Barcelona bajaron muchos pasajeros que estaban en las mismas. Había muchos uruguayos. Todos con hijos chiquitos.

Ya de vuelta "en casa", nos disponemos a seguir preparándonos para la llegada. Que es inminente.

Por la noche estoy en el camarote con mamá; juego con ella mientras ella lee un libro. La estoy peinando y veo que tiene mil millones de canas. Se lo comento y dice "Sí. Ya vi", con un tono como si se tratara de algo grave.

A estas alturas del viaje la gente se ha deschavado. Se sabe que la clase turística es toda gente que ha salido corriendo de la dictadura. Miriam me ha confesado que en realidad se van a Israel. Yo me muerdo un huevo (que no tengo) para no contarle que vamos a Angola y todo lo demás.

Por la noche pasamos por Cannes (Francia) pero nadie bajó. Es decir, los que tenían que bajar ahí lo hicieron, pero el barco no llegó hasta el muelle. Un bote los conduce hasta allí.

Todos miramos el suceso. El Bicu se despidió de su amiga (granadina) y la saludó desde el barco con la mano. Yo creo que no nos ven. Pero saludan igual. Siento una pena terrible...

...Trato de recordar y recordar, para que no les pase nada. Para que sigan vivos. ¿Qué estará haciendo mi hermana ahora? ¿Qué hora es ahora en Argentina?

...Paso de estos pensamientos extraños, a la preocupación por mi hermana, tengo un miedo feroz. Además la extraño muchísimo, no me imagino estar separada de ella... ¿cuánto tiempo? Al irnos quedamos en que ella debía escribirnos todas las semanas, aunque sea una hoja casi en blanco, que dijera "estoy bien". La carta debía ir dirigida a la casa de un tal Augusto, que al parecer es primo lejano de mi papá. Nos causa gracia que la italiana es mi mamá, y el que tiene parientes en Italia es mi papá. Pero la cosa es que ella tiene que decirnos que está bien.

Llegamos a Génova, por fin, y lo mismo: unas volteretas por ahí, mirando todo, y de vuelta al barco. Mañana Nápoles...